MS
2
048

S
48

R. Hidrarg. purific. et
mel. alb. āā ℥ij

Me. exacte in mort. vitri usque extin-
dum est hidrarg.; postea adde suficientem
quantit. liquiritiæ ut formar manse unam
masam; cujus fiant 20 pilul. equalis
ponderis.

En la misma pongame b. su valor, el que yo
le entregaré. Peñalver

M. D. 92
Marco Aurelio
Emperador romano
Caja C/80
MS-2-048
...GRANADA...

R. Hidrarg. purific. et.

mel. alb. @ ℥ij

Me. exacte in mort. vitri usque etinctum est hidrarg.; postea adde suficientem quantit. liquiritiæ ut formammane unam masam, cujus fiant 20 pilul. equalis ponderis.

En la misma pongame 6. su valor, el que yo le entregaré

Peñalver

La adjunta receta que creo será para algun amigo
son 4 R

Vergara

B. 39. 330

C.D. 92

Marco Aurelio
emperador romano

Caja
C
80
MS-2-048

BIBLIOTECA UNIV.
GRANADA

Elogio á Marco Aurelio en sus Funerales.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA — GRANADA —

Elogio hecho à Marco Aurelio en sus Funerales.

Marco Aurelio murio en Viena, despues de un Reynado de veinte años: se hallaba por entonces ocupado en hacer la Guerra à los Germanos. Su Cuerpo fue trasladado a Roma, en donde entró en medio de los llantos y desconsuelos publicos. El Senado havia salido de luto, al encuentro del Carro funebre: El Pueblo y la tropa le acompañaba: El hijo de Marco Aurelio seguia el Carro. La pompa marchaba lentamente y en Silencio. Vn anciano se adelanto inprobisamente en medio del concurso. Su estatura era alta, y su semblante venerable, todos le conocieron: era Apolonio Filosofo Estoico estimado en Roma, y mucho mas respetado por su caracter, que por su avanzada edad. Poseia todas las virtudes rigidas de su secta, y ademas havia sido el Maestro y el amigo de Marco Aurelio. Se paró inmediato al Feretro: le miró con dolor y de repente levantando la voz. Romanos! Dixo: Habeis perdido un grande hombre, y yo he perdido un amigo! No vengo à llorar sobre sus cenizas; sobre las de los malos se deve solo llorar, porque han hecho el daño y ya no pueden repararle. Pero aquel que

sesenta años ha sido virtuoso, y que veinte años consecutivos, ha sido util à los hombres, aquel que durante el curso de su vida, no ha tenido herror, y que sobre el trono poseyò el don de fortaleza: aquel que ha sido bueno, justo, bienhechor, generoso ¿Para que llorarle? Romanos: la pompa funebre del hombre justo es el tiempo de la virtud, que vuelve al Ser Supremo. Consagremos esta fiesta con nuestros elogios. Bien se que la virtud no los necesita; pero seran el homenage de nuestro reconocimiento. Sucede con los grandes hombres lo que con los Dioses. Colmados de sus grandezas no tenemos para ellos recompensas; pero tenemos himnos. ¡Ojalà pueda yo al fin de mi carrera, recorriendo la vida de Marco Aurelio, honrrar à vuestros ojos los ultimos instantes de la mia! ¡Y tu que estas aqui presente! Tu; su Sucesor y su hijo atiende à las virtudes! La lisonja te espera para corromperte. Una vez libre, tal vez la ultima, va ha ablarte. Tu Padre, ya lo sabes, no me ha acostumbrado à hablar en esclabo: amaba la verdad; resta ahora su elogio, y ojala pueda tambien un dia hacer el tuyo.

Siempre que elogian à los muertos, empiezan à alabarlos por sus ascendientes, como si el hombre grande necesitara de origen, ò si el que no lo es, fuera ensalzado por un merito que no es suyo. Romanos

Guardemosnos de ultrajar la virtud en terminos de creer que necesita de nacimiento. Vuestra familia de Cesares os ha dado cuatro Tiranos consecutivos, y Vespasiano, que fue el 1.º q. erigió vuestro Ymperio, era el nieto de un Centurion.

El Visabuelo de Marco Aurelio nació en las riberas del Tajo. Trajo por distincion á Roma, la simplicidad y las costumbres antiguas; virtudes que ya no se hallan sinó lejos de Roma. Esta herencia se conservó en su casa. He aí cual fue la verdadera nobleza de Marco Aurelió. Se que fue pariente de Adriano, pero miró este honor, si acaso lo es, como un escollo. Se q. quisieron hacerle descender de Numa, pero fue bastante grande para desdeñar esta quimera del orgullo; hizo consistir toda su gloria en ser justo.

Demos gracias á los Dioses de que no estubiese inmediatamente destinado á el Trono. La suprema dignidad ha corrompido mas almas que ha ensalzado. Nacido para ser un simple ciudadano, fue grande. Si hubiera nacido Principe, no hubiera sido mas que un hombre

vulgar. Todo concurrió á formarle. Recibió por descontado aquella primera educacion q. tanto apreciaron vuestros ascendientes, y que prepara al alma un cuerpo robusto y sano. No estubó pues al naca debilitado p. el lujo; ni le circundaron de una multitud de esclavos que observando sus mas menores movimientos, se hubieran hecho un honor de obedecer sus caprichos. Le dejaron conocer que era hombre; y el habito de sufrir fue el primer ensayo que tubo; y los bayles militares acabaron de desenbolver sus fuerzas, cubriendose muchas veces de polvo en aquel campo en donde se habian exercitado vuestros Escipiones, vuestros Marios y vuestros Pompeyos. Romanos, os traigo á la memoria esta parte de su educacion, p. q. esta varonil institucion empieza ya á perderse entre vosotros. La imitais á aquellos pueblos del Oriente, entre los cuales la flojedad degrada á el hombre desde su nacimiento; y vuestras almas se hallan casi debilitadas antes de conocerse. Romanos, el lisongearos, es ultrajaros; diciendoos la verdad es

como pretendo atestiguaros mi respeto.

Esta primera educacion no hubiera hecho de Marco Aurelio mas que un Soldado: juntaron á esta la de los conocimientos. El idioma de Platon le fue tan familiar como el suyo: la elocuencia le enseño á hablar á los hombres: la historia le enseño á juzgarlos: el estudio de las leyes le hizo conocer la vasa fundamental de los estados. Recorrió todas las legislaciones, y cotejó las leyes de todos los pueblos. No estubo pues criado como aquellos que se lisonjean cuando se hallan todavia en la ignorancia y la debilidad. Un debil respeto no temia fatigarle con esfuerzos. Una diciplina rigida sujetó su infancia á el travajo, y pariente del maestro del Mundo se vió obligado á ilustrarse como el ultimo Ciudadano.

Asi empezaba á ilustrarse el Principe que os habia de gobernar; pero la educacion Moral es la que acaba de formar el hombre y constituye su grandeza: esta es la que formó á Marco Aurelio: esta educacion dio principio con su nacimiento:

la frugalidad, la dulzura, la amistad tierna; he ai los objectos que se le presentaron al salir de la cuna ¿Que digo? Le sacaron de Roma y de la Corte. Temian para el un espectaculo funesto. Y ¿Como en Roma, en donde todos los vicios de las estremidades del Universo se reunen, hubiera podido formarse una alma que habia de ser austera y pura? ¿Hubiera aprendido á desdeñar el fausto, en donde el lujo corrompe hasta la pobreza? ¿A despreciar la riqueza, en donde la riqueza es medida del honor? ¿A ser humano en donde todo lo que es poderoso, destruye todo lo que es mas debil? ¿A tener buenas costumbres, en donde el mismo vicio ha perdido la verguenza? Los Dioses protectores de vuestro Ymperio, arrebataron á Marco Aurelio de este escollo. A los tres años su padre le traslado a un retiro en donde estubo en deposito vajo la guardia de las buenas costumbres. Lejos de Roma, aprendio á hacer su felicidad. Lejos de la Corte merecio á volver á ella para mandarla.

El heredero avaro refiere con

gusto todos aquellos medios que le han grangeado algunas riquezas. Marco Aurelio mas avanzado en edad refiria todos aquellos á quienes en su infancia debió el egemplo de una virtud. Mi Padre nos decia me enseñó á no tener nada de flojo, ni de afeminado: mi tierna Madre, á evitar hasta el pensamiento del mal: mi Abuelo á ser bienhechor: mi Hermano á preferir la virtud á todo. Romanos, ved así de que da gracias á los Dioses, á la cabeza de la obra en donde deposito todos los sentimientos de su corazon. No tardó en tener Maestros que le enseñaron todos los deberes del hombre, pero practicandolos. No le decian: amad á los desgraciados; pero en su presencia socorrian á los que lo eran. Nadie le dijo; has meritos para tener amigos; pero vió á uno de sus maestros sacrificar su fortuna en aliviar á un amigo oprimido. He visto un guerrero que para darle lecciones de valor, le enseño su pecho lleno de cicatrices. Asi era como le hablaban de dulzura, de magnanimidad, de justicia y de firmeza en sus designios. Yo mismo tube la gloria de estar asociado á

estos ilustres maestros. Llamado á Roma desde el centro de la Grecia, y encargado de instruirle me mandan me presentase á Palacio. Si no hubiera sido mas que un simple Ciudadano, hubiera ido á su casa, pero creí que la primera leccion que debia dar á un Principe, era la de dependencia é igualdad; por lo mismo esperé que vinie-se á la mia. Perdona ó Marco Aurelio, pensé por entonces que no eras mas que un Principe regular: no tardé en conocerte, y mientras me pedias lecciones, me instruia yo muchas veces de ti.

Aun no habia salido toda-via de la infancia, cuando ya el entusias-mo de la virtud ocupaba su Corazon. A los doce años se habia consagrado á el genero de vida mas austero: á los quin-ce habia cedido á su unica hermana toda la hacienda de su Padre; á los diez y siete fue adoptado por Antonio y, no os refiero mas que lo que yo he visto, lloró al ver su grandeza. ¡O dia que despues de cuarenta años tengo tan presente! Se estaba paseando en el Jardin

de su Madre; yo estaba con el, estabamos ablando de los deberes del hombre, cuando vinieron à anunciarle su exaltacion; le vi mudar de color, y parecio estar algun tiempo inquieto y triste. Sin embargo su familia le rodeaba haciendo trasportes de alegria. Admirados de su tristeza le preguntamos la causa ¡Que! ¿Podeis preguntarmela? Dixo: Voi à reinar.

Antonino fue desde entonces un nuevo Maestro que le instruia en mayores virtudes. La sangre humana respetada... Las leyes florecientes, Roma tranquila, el Universo feliz, tales fueron las lecciones que recivio Marco Aurelio durante veinte años.

Estos bastaban, para formar un grande hombre, pero este hombre grande devia poseer un caracter que le distinguiese de vuestros Emperadores, y solo la Filosofia, es quien se lo ha podido dar. A esta palabra de Filosofia me suspendo. ¿Qual es este nombre sagrado en ciertos Siglos, y aborrecido en otros, objeto al mismo tiempo del respeto y de la ira, que algunos Principes han perseguido con furor, y que otros han colocado à su lado en el Trono? Romanos, ¿Me atrevere à elogiar la Filosofia en Roma, en donde han sido tantas veces calumniados los Filosofos, y de donde repetidas veces han salido desterrados? De esta Ciudad, de estos sagrados muros, es de donde hemos sido relegados à los montes

y à las islas desiertas, y en ellas, es en donde nuestros libros fueron consumidos. En ellas fue en donde nuestra Sangre fue derramada al rigor de los Puñales. La Europa, el Asia y el Africa nos han visto errantes y proscriptos, buscar un asilo en las cabernas de los animales feroces, ò condenados à trabajar cargados de Cadenas, entre los asesinos y malvados.(1.) Pues que; Acaso la Filosofia seria

(1.) Musonio Rufo, Stoico celebre, y Cavallero Romano, desterrado de Roma bajo el Reynado de Neron, y relegado en la isla de Giare, fue sacado de ella para trabajar entre los forzados, para abrir el Istmo de Corinthio; uno de sus amigos que lo conocio, al verle en ese trage le insinuo su dolor: El Filosofo le dixo: ¿Te afliges de verme trabajar en abrir el Istmo para la utilidad de la Grecia; acaso te alegrarias mas al verme cantar y tocar la flauta sobre un teatro, como Neron? Las persecuciones, que ha padecido la Filosofia vajo el reynado de Neron empezaron de nuevo en el de Domiciano.

la enemiga de los hombres y el azote de los Estados? Romanos, creed à un anciano que desde ochenta años estudió la virtud, y busca los medios de practicarla. La Filosofia es el arte de ilustrar à los hombres para que sean mejores. Es la moral universal de los Pueblos y de los Reyes, fundada sobre la naturaleza y sobre el orden eterno. Mirad ese sepulcro, el que llorais era un Sabio; la Filosofia sobre el trono ha hecho veinte años la felicidad del mundo. Extinguiendo el llanto de las Naciones, es como ha refutado las Calumnias de los Tiranos.

Vuestro Emperador, fue apasionado por ella desde su nacimiento. No buscó de descarriarse en conocimientos inutiles al hombre. No tardó en conocer que el estudio de la naturaleza era un abismo, y por tanto dedicó toda la Filosofia à las buenas costumbres. Por decontado paseó su vista sobre las diferentes sectas que le rodeaban: entre ellas descubrió una que enseñaba à el hombre à elebarse sobre si mismo. Esta la descubrio un nuevo Mundo, en donde las delicias y el dolor estan como aniquilados, en donde los sentidos han perdido todo su poder sobre el Alma, en donde la pobreza, las riquezas, la vida, la muerte, no cuestan por nada, en donde solo la virtud existe; Romanos, es aquella Filosofia que os ha dado à Caton y à Bruto. Ella es, quien los sostuvo en medio de las ruinas de la libertad. Luego se estendio y se multi-

plicó en tiempo de vuestros tiranos. Parece que llegó á ser como necesaria á vuestros antecesores oprimidos, cuya vida incierta estaba á todas oras espuesta al Alfange del despotismo. En este tiempo de oprobios, ella sola conserbó la dignidad de la naturaleza humana. Ella enseñaba á vivir; ella enseñaba á morir; y mientras que la tirania degradaba las Almas, ella las ensalzaba con mas fuerza y grandeza. Esta baronil Filosofia en todos fue creada para las Almas fuertes. Marco Aurelio se entregó á ella con delirio; desde aquel instante no tuvo mas que una pasion, que era la de formarse en las virtudes mas penosas. Todo lo que podia contribuir á este designio era para el un beneficio del Cielo: fue mirado como uno de los dias mas felices de su vida, aquel de su infancia en que oyó ablar de Caton la primera vez. En señal de agradecimiento grabó en su memoria el nombre de aquellos que le havian hecho conocer á Bruto y Thraseas. Dio gracias á los Dioses de haver podido leer las magsimas de Epicteto. Su alma se unia á aquellas almas estraordinarias que havian existido antes que la suya. Recividme, decia entre vosotras: alumbrad mi entendimiento, elebad mis pensamientos para que no aprenda á amar mas que la verdad, á no seguir mas de lo que es justo. Para arraigar mas la virtud en su corazon, quiso penetrar

por si mismo hasta los principios de sus deveres; quiso des-
cubrir, si le era posible, el verdadero designio de la natu-
raleza sobre el hombre. Romanos, aqui se os va à pintar
toda la grandeza de la alma de Marco Aurelio, el en-
lace de sus ideas, y los principios sobre los quales apoyó
su vida moral. No soy yo quien os ofrece este retrato, es
el mismo Marco Aurelio quien os le presenta. Voy à lee-
ros un escrito trazado de su puño, ha mas de treinta años;
aun todavia no era Emperador. Toma, me dijo, Apolonio.
Toma este escrito, y si jamas me apartare un solo punto
de las magsimas que mi mano ha trazado en el, avergu-
enzame à vista del Universo. Romanos, y tu, su Sub-
cesor y su hijo, ahora vereis si Marco Aurelio, ha con-
formado su conducta à estas grandes ideas, y si se ha
apartado una sola vez del plan que le parecio haver
leydo en la naturaleza. Aqui se paró el Filosofo un
instante. La multitud innumerable de Ciudadanos que
le escuchaban, se repretó por oirle desde mas cerca. A
un gran movimiento sucedio inmediatamente un gran
silencio. Solo el nuebo Emperador, entre el Pueblo y el
Filosofo estaba inquieto y pensativo. Apolonio te-
nia una mano apoyada sobre el Feretro: en la otra
tenia un papel escrito de la mano de Marco Au-
relio. Volvio à proseguir y leyó lo que sigue

Entretenimientos de Marco Aurelio con sigo mismo.

„ Meditaba durante la noche. Buscaba en lo „ que consiste lo que es bueno; sobre que esta fundado lo que „ es justo. Marco Aurelio, me decia yo, hasta aora, tu „ has sido virtuoso, ò à lo menos has querido serlo, pero ¿Qui„en te asegura que siempre lo querras ser? ¿Quien te ha „ dicho, que lo que llamas virtud, lo es en efecto? Esta duda „ me pasmó, y resolvi en remontarme, si era posible, hasta „ los primeros principios, para asegurarme de mi mis„mo y conocer la ruta que el hombre debe seguir. „ El lugar y el tiempo favorecian mis reflexiones. „ La noche era tenebrosa y quieta. Todo gozaba „ de reposo al mi alrededor. Solo oia cerca de „ mi Palacio las aguas del Tiber un poco agitadas; „ pero este ruido continuo y sordo favorecia mi „ pensamiento, y me entregó à las meditaciones „ siguientes.

„ Para saber que cosa es virtud, „ es necesario comprehender inmediatamᵗᵉ lo q. „ es el hombre. Me pregunte ¿Quien soy yo? „ Reconoci en mis sentidos una inteligencia, y „ una voluntad, y me vi arrojado como por

„ rraro, y por una mano incognita, sobre la faz
„ de la tierra. Pero ¿De donde vengo yo? ¿Y qui-
„ en me ha colocado aqui? Para responderme, me
„ vi precisado á salir de mi mismo, y de ecsami-
„ nar la naturaleza. Entonces voltee mi vista al
„ rededor de mi, y contemple el Universo. Viendo
„ este conjunto infinito de entes que le componen, es-
„ tos mundos que ruedan sobre nuestra cabeza
„ y que estan agregados á otros mundos, y yo
„ tan pequeño y feble, relegado en un rincon de
„ la tierra, y como perdido; y como perdido en-
„ tre la inmensidad, estube un instante desalenta-
„ do. ¿ Pues que, me decia á mi mismo, soy yo
„ alguna cosa en la naturaleza? El recuerdo de
„ mi entilegencia me reanimó improvisamte. Mar-
„ co Aurelio, lo q. piensa no puede ser perdido
„ en la multitud. Entonces continué mis inqui-
„ siciones y observandolo todo, ecsaminé la mar-
„ cha del Universo. La armonia que adverti en
„ todas partes llamó mi atencion. Vi que en
„ lo Cielos, sobre la tierra, todos los entes se pres-
„ tan mutuamte. socorros. El Universo, me dije,
„ es pues un todo inmenso cuyas partes se corres-
„ ponden todas. La grandeza y simplicidad
„ de esta idea elevó mi alma. Esta armonia

„no tardó en hacerme conocer la idea necesaria
„de una causa. Para convinar tantos medios, y
„de tantos seres separados era indispensable admi-
„tir una primera causa llamase como quiera.
„A este nombre adverti una emocion religiosa,
„y el universo me parecio una cosa sagrada.
„Habia encontrado un punto de apoyo; me pa-
„re en el. Atribui á esta causa todos los efec-
„tos. Vi que es la que ha imprimido un carac-
„ter de unidad á todo lo existente. Ella es
„quien ha dado á esta multitud de seres, ó i-
„nanimados ó sensibles, la ley que los une para
„hacerle servir unanimes, asi el beneficio del
„uno ó del otro como á la armonia del con-
„junto. Pero en donde me parecio que esta ley
„primitiva obraba con mas fuerza es en los seres
„inteligentes. Los hombres por un instinto secreto
„se buscan y se atraen. En vano el interes
„de las pasiones los divide, una fuerza mas im-
„periosa los reune. Parece que el ser que pien-
„sa, esta abandonado y solitario enmedio
„del Universo finio, y el pensamto necesita del
„Comercio del pensamto. Una segunda cade-
„na se me vino á presentar y fue la de
„las necesidades. Enfin vi á los hombres

„ mas reunidos y de un modo mas estrecho. No
„ hay para todas las almas mas gozo que una
„ misma razon, asi como para los seres finitos
„ una misma luz. Si no hay mas que una
„ razon, no hay mas que una ley. Los hom-
„ bres de todos los paises y de todos los siglos,
„ estan sujetos á la misma legislacion. Todos
„ son Conciudadanos de una misma Ciudad: esta
„ Ciudad es el Universo. Entonces me parecio ha-
„ ber visto caer á mi alrededor todas las barre-
„ ras que separan las Naciones, y ya no vi
„ mas que una sola familia y un solo pue-
„ blo.

„ Llegue á ver que por el mis-
„ mo orden de la naturaleza, hay Sociedad
„ entre todos los hombres. Desde este instante
„ me contemple bajo una doble conecion: unas
„ ve como una debil parte del Universo ab-
„ sorvido en el todo, arrastrado por el movi-
„ mto gral. que lleva tras si todos los seres.
„ Luego me veia como separado de este todo
„ inmenso, y ligado por una Conecsion par-
„ ticular con los hombres. Marco Aurelio
„ como parte del todo, debe recibir sin mur-
„ muracion lo que es resulta del orden gral.

,, De hoy nace la constancia en los males, y el animo que
,, no es mas que la sumision de un alma fuerte. Como par-
,, te de la sociedad deves hacer todo lo que es util al hom-
,, bre, de aqui se siguen los deveres de amigo, de Esposo de Pa-
,, dre, de ciudadano. sufrir lo que la naturaleza del Uni-
,, verso te impone, hacer lo que la naturaleza del hombre
,, exije: he ai tus dos reglas. Entonces conoci que cosa era
,, virtud, y ya no temi descarriarme.,, Aqui interrum-
piendose Apolonio, se dirigio al hijo de Marco Aurelio.
Emperador, dijo, lo que acabas de oir conviene à todos
los hombres, y bien fuera la Filosofia de Epitecto, ò la de tu
Padre; pero lo que se sigue te conviene à ti solo. Es la Fi-
losofia del Principe; es la de todos los hombres que seran
dignos de reinar: ¡Ojala sea la tuya! Escucha à tu
predecesor y tu Padre. Entonces continuò asi: ,, Inme-
,, diatamente atrayendo todas mis ideas à mi mismo, qui-
,, se aplicar estos principios à mi conducta. Ya havia reco-
,, nocido cual era mi puesto en el Universo: mirè cual
,, era mi lugar en la sociedad; y vi con asombro que ocu-
,, paba la dignidad de Principe. Marco Aurelio, si estuvi-
,, eras confundido en la multitud, no tuvieras que respon-
,, der mas que de ti à la naturaleza; pero millares de hom-
,, bres te obedeceran algun dia: el grado de felicidad que
,, cada uno pueda gozar, esta señalado: todo lo que falte
,, por tu culpa à esta felicidad, sera un crimen para ti.

„ si en el mundo entero se vierte una sola lagrima, que
„ hayas podido precaber eres culpable. La naturaleza indig-
„ nada, te dirá: te he confiado mis hijos para que los agas
„ felices: ¿Que has hecho de ellos? ¿Qual es la causa de
„ haver oido gemidos sobre la tierra? ¿Por que han lebanta-
„ do los hombres las manos hacia mi para suplicar-
„ me abreviase sus dias? ¿Porque ha llorado la Madre
„ sobre su hijo que acababa de nacer? ¿Porque ha si-
„ do arrancada de la cabâña del pobre las mies que te-
„ nia destinada para su nutrimiento? ¿Que responde-
„ ras tu? Los males de los hombres deponddran contra
„ ti; y la Justicia que te observa, grabará tu nombre
„ entre los de los malos Principes.

Aqui el pueblo empezo à gritar, „ Jamas Ja-
mas „. Mil voces se oyeron juntas. El uno decia: „ Tu has
sido nuestro Padre: „ otro, jamas nos fuiste opresor: otros,
„ Tu has aliviado todos nuestros males; y millares de hom-
bres juntos, te hemos vendecido y te vendecimos. ¡O sabio! ¡
¡O clemente! ¡O justo Emperador! Que tu memoria
sea santa, que esté adorada por siempre jamas. Ella
lo será, replicó Apolonio y lo será en todos los Siglos;
pero fue pormandose el mismo de los males que hu-
viera podido causaros, que ha llegado à haceros feli-
ces, y a merecer estas aclamaciones que rezumban
sobre su Sepulcro. Atended lo que añade: „ Para

„impedir que tu nombre sea marchitado, deves conocer
„tus obligaciones: Ellas abrazan todas las naciones: re-
„nacen en cada hora y cada momento. Solo la muerte
„de un Ciudadano es quien cancela todas tus obliga-
„ciones para con el; pero el nacimiento de cada Ciu-
„dadano te imponen nuevo dever. Deves trabajar de
„dia; porque el dia esta destinado al trabajo del hom-
bre; muchas veces deves velar de noche, por que el
Crimen vela mientras que el Principe duerme. Es
necesario proteger la devilidad: es menester encade-
nar la fuerza. Marco Aurelio, no hables ya de
descanso: para ti no le hay, hasta que no haya en
el mundo desgraciados, ni culpados. Esamerado de mis
deveres, quise conocer los medios que tenia para
desempeñarlos; y mi espanto se duplicó. Vi que mis
obligaciones superaban à las de un hombre. Seria
necesario que la vista del Principe pudiese abrazar
todo lo que esta à inmensas distancias de el, y que
todos los lugares de su Imperio estuviesen reunidos
en un solo punto bajo su vista. Seria necesario
que la fuerza estuviese tan pronta como la volun-
tad para combatir y destruir incesantemente todas
las fuerzas que luchan contra el bien general. Pero
el Principe tiene organos tan deviles como el ultimo
de sus Basallos. Marco Aurelio, entre la verdad y

„tu abrá continuamente rios, montañas, y mares;
„muchas veces solo los muros de tu palacio
„te separarán de ella, y sin embargo, no lle-
„gará á ti. Buscarás socorros prestados, pero
„estos socorros no serán mas que un remedio
„imperfecto á tu flojedad. La accion confia-
„da á brazos estraños, ó se relaja, ó se pre-
„cipita, ó muda de objeto. Nada se ejecuta
„como el Principe lo á concebido; nada le
„es dicho como en si es. Exajeran el bien; dis-
„minuyen el mal; justifican el delito y el Prin-
„cipe siempre es flojo ó engañado, expuesto
„á la infidelidad ó al error de todos aquellos
„á quienes á encargado de ver y oir, se en-
„cuentra continuamente colocado entre la
„imposibilidad de conocer y la necesidad de
„obrar."

„Del examen de mis sentidos,
„pasé al de mi razon y la comparé á uno
„á mis deberes. Vi que para governar bien,
„necesitaria una inteligencia quasi divina, que
„percibiese de una sola mirada todos los
„principios y sus aplicaciones, que no estu-
„viese dominada ni por su pais, ni por
„su siglo, ni por su dignidad: que todo lo

„juzgase„ despues de examinada la verdad, nada
„ depone de las conviciones. ¿ Es pues esta la
„ interrogacion de un hombre ! ¿ Es esta la
„ mia! En fin, me pregunto, si estaba seguro
„ de mi voluntad. ¡! Preguntate pues si todo
„ lo que te rodea no te invade el alma pa
„ ra corromperla y distraerla?. Marco Aurelio
„ (Apolonio fixó entonces la vista un instan-
„ te sobre el nuebo Emperador) sobre todo
„ tiembla cuando estes en el trono. Habrá mi-
„ llares de hombres que procuraran tu bondad
„ para darte la suya: colocarán sus viles pa
„ siones al lugar de tus pasiones generosas.
„ ¡ Que serás entonces! El juguete de todos.
„ Obedeceras creyendo mandar: tendrás el fausto
„ como Emperador, y el alma de un esclabo.
„ Si, tu alma ya no será tuya, será del
„ hombre despreciable y atrebido que quería
„ ampararse de ella. Estas reflecciones casi me
„ arrojaron á la desesperacion. ¡ O Dios! ex
„ clamé, ya que la casta de los hombres
„ que as arrojado sobre la tierra necesitaba
„ ser governada ¿ porque no les as dado mas
„ que hombres para reinar sobre ellos? Ser
„ bien echor, aqui reclamo tu piedad para

„ los Príncipes, tal vez sean mas dignos de
„ compasion que el pueblo; por que el
„ son dificultad mas horrorosa acer el mal
„ que padecerlo. En estas circunstancias de
„ liberaba, si renunciaria á este poder peli-
„ groso y terrible; y estube un instante
„ resuelto, si, estube resuelto de abdicar el
„ Ymperio"....

A estas vozes, los Romanos
que estaban escuchando con un profundo
silencio, parecieron asustarse como si estubi
esen amenazados de perder su Emperador,
e olvidaron de qué este grande hombre
ya no existia. No tardó en disiparse
esta ilusion, y entonces hubieran dicho q.
le perdian segunda vez. Con movimiento
tumultuoso se dirigieron todos acia su
tumba: mugeres, niños y ancianos, todos
se precipitaron acia aquella parte: to
dos los Corazones estaban conmovidos:
todos los ojos vertiendo lagrimas: un ruido
Confuso de dolor vagaba sobre esta inmen
sa Asamblea. El mismo Apolonio se
aturdió, se le cayó el papel que tenia en
la mano: y abrazó del feretro. La

vista de este Anciano desconsolado pare-
ció aumentar la tribulacion general.
Poco á poco el murmullo se disminuyó.
Apolonio se levantó como un hombre q.e
salia de un sueño, la vista aun medio tur-
bada del dolor, volvio á tomar el papel
que estaba sobre la tumba y q.e continuó
asi con voz alterada.

„ No me detube mucho
„tiempo al proyecto de renunciar el Imperio.
„Vi que el orden de los Dioses me llama-
„ba á servir á la Patria, y que devia
„obedecer. ¡Pues qué! me dixe, castigan
„de muerte á un Soldado que falta
„su puesto, i yo lo quitaré del suyo? ¿Es
„la necesidad de ser virtuoso sobre el
„trono, quien te asusta? Esta es entonces
„una secreta voz que me dixo; Por mas
„que agas, siempre serás hombre. Pero
„¿i concives acaso aque grado de perfeccion
„puede un hombre elevarse? Adviérte
„la distancia que ay de Antonino á Ne-
„ron. Recobré animo y no pudiendo en-
„grandecer mis sentidos, resolví buscar
„todos los medios de engrandecer mi

,,alma, quiero decir, de perfeccionar mi entendimiento, y afir-
,,mar mi voluntad. En la misma idea de mis obligaciones encon-
,,tre estos medios: Marco Aurelio, quando Dios te coloca à la
,,cabeza del genero humano, te asocia por una parte al govi-
,,erno del mundo: para governar bien, deves pues tomar el
,,espiritu mismo Dios. Elebate hasta el; medita este ser
,,tan grande; ve à sacar de su seno el amor del orden y
,,del bien general; la armonia toda del Universo te enseñâ-
,,rá, qual deve ser la de tu Imperio; y de este modo se aniqui-
,,laran para ti aquellas preocupaciones y pasiones que domi-
,,nan à tantos hombres y Principes. Ya no veras mas que tus
,,deveres, y Dios y aquella razon suprema que deve ser tu mode-
,,lo y tu ley. Pero la voluntad de seguirla en todo no te basta;
,,es necesario que no pueda extraviarte al error. Entonces
,,pasé en revista todas mis opiniones, y comparé cada una de
,,mis ideas con la idea eterna de lo verdadero y de lo justo. Vi que
,,solo era bien, lo que solo era util à la Sociedad y con-
,,forme al orden; del mal, lo que les era contrario. Exami-
,,né los males fisicos; solo adverti en ellos el inevitable efec-
,,to de las leyes del Universo. Luego quise meditar sobre
,,el dolor, la noche estaba ya abanzada, la necesidad del
,,sueño fatigaba mis parpados, luché algun tiempo: al
,,fin me vi obligado à ceder, y me adormeci; pero en este
,,interbalo, crei soñar. Me parecio ver en un basto por-
,,tico una multitud de hombres juntos: todos tenian algo

„de gusto y de grande. Aunque jamas huviere vivido con
„ellos; sin embargo sus fisonomias no eran estrañas para
„mi. Crei acordarme que en Roma havia contemplado mu-
„chas veces sus estatuas: A todos miré con atencion, quan-
„do una voz terrible y fuerte sonó bajo el Portico, ¡Morta-
„les, aprended à sufrir! En el mismo instante vi encender
„llamas delante del uno, y puso las manos en ellas. Al otro
„le trageron veneno: bevió, y hizo una oferta à los Dioses.
„El tercero estaba de pies cerca de una estatua de la liber-
„tad derrotada; de una mano tenia un libro; de la otra
„tomó una espada cuya punta miraba. Mas lejos, distin-
„gui un hombre ensangrentado; pero sosegado y mas tran-
„quilo que sus verdugos: me arrojé à el diciendo: O Regulo!
„¿Eres tu? No pude sufrir el espectaculo de sus males, y apar-
„té mi vista de ellos. Entonces adverti à Fabricio en la po-
„breza, Escipion muriendo en el destierro, Epicteto escribien-
„do en las cadenas, Seneca y Traseas las venas abiertas,
„y mirando con serenidad colar su sangre. Rodeado de
„todos estos grandes hombres desgraciados, derramaba lagri-
„mas: se manifestaron atonitos. El uno de ellos, fue Caton
„se acercó à mi, y me dijo: no te lastimes de nosotros, pero
„imitanos, y aprende tu tambien à conocer el dolor: Sin
„embargo adverti, se hayaba dispuesto à bolber contra
„si, el hierro que tenia en la mano; quise detenerle;
„me orroricé y desperté. Reflexioné sobre este sueño,

„y conocí, que estos pretendidos males no tenian el dere-
„cho de estremecer mi animo; por lo que resolví ser hom-
„bre, de sufrir y de padecer.„

Pero ¡Ay! dijo Apolonio, los males mas sensibles y que hieren al alma de mas cerca; son la ingratitud, la ofensa, la calumnia; son todos los vicios de todos los malvados, que nos atormentan y nos fatigan. Marco Aurelio se preguntó, „Si todos los hombres viles y crueles son acree-
„dores à que les agan bien„

Filosofo, dijo asperamente el Joven Emperador, y yo tambien ago la misma pregunta. Emperador, dijo Apolonio, voi à leerte la respuesta de tu predecesor y tu Padre. En silencio se dijo à si mismo, Se deven perdonar todos los males que el hombre hace al hombre.

„El origen de tus acciones deve estar en tu alma,
„y no en el alma de los otros. Te ofenden; ¿Que importa?
„Dios es tu legislador y tu Juez. Ay malvados! Estos te
„son utiles; sin ellos ¿Que necesidad tendrias de virtudes?
„¿Te quejas de los ingratos? imita la naturaleza; todo
„lo da à los hombres y nada espera de ellos. Pero el ul-
„trage? El ultrage envilece al que lo hace, y no al
„que lo recive. ¿Y la calumnia? Da gracias à los Dio-
„ses de que tus enemigos, para ablar mal de ti, tienen
„que recurrir à la mentira. Pero ¿Y el oprobio acaso le
„hay para el hombre justo? Resolvio pues, si cranccera-

„rio, disgustar à los hombres, servirlos, y consintio serles
„odioso con tal de serles util. Habia pesado todos los
„males, quiso pesar todos los bienes. Me pregunté, di-
„jo; ¿Que cosa era reputacion? Una voz que se lebanta
„y muere en un rincon de la tierra. ¿Y las alabanzas
„de la corte? Un tributo del interes al poder, ò de la
„bageza al orgullo. ¿Y la autoridad? El mayor de to-
„dos los males, para el que reyna es el mas virtuoso de to-
„dos los hombres. ¿Y la vida?::::: En este instante, ad-
„verti en el lugar donde meditaba, uno de aquellos
„instrumentos de arena que mide el tiempo. Mi vista
„se fijo en el, miré aquellos granos de polvo que ca-
„yendo señalaban las partes de la duracion, Marco
„Aurelio, me dige, el tiempo te ha sido dado para
„ser util à los hombres: ¿Que has hecho hasta aho-
„ra de ellos? La vida huye, los años se precipitan, caen
„los unos sobre los otros como aquellos granos de are-
„na. Date prisa, estas colocado entre dos abismos, tu vi-
„da es un punto; señalala con tus virtudes, se bien
„hechor; ten el alma libre y desprecia la muerte„

Al pronunciar estas palabras (me lo ha dicho muchas veces) sintió su alma admirada. Reflexionó un instante y continuó.

„¿Que te espanta la muerte? Anda, el morir
„no es mas que una accion de la vida, y tal vez

,, la mas facil. La muerte es el fin de los combates; es el instan
,, te en que podras decir: al fin mi virtud me pertenece: ella
,, es quien te libertará del mayor de los peligros, el de lle-
,, gar á ser malo. Marco Aurelio, embarcado estas, si-
,, gue tu ruta; y quando veas que el termino se acer-
,, ca, sal del Navio, y en la ribera da gracias á los Dio-
,, ses,, De este modo corrió succesivamente casi todos
los objetos que agitan y circulan al hombre, para
aprender á juzgarlos, y conformar en todo sus pro
yectos con los de la naturaleza. Se precavió contra
4º las opiniones, quiso cautelarse contra los sentidos. Prin-
cipe, parece que el hombre se combate, y está
opuesto consigo mismo. Mi fuerza consiste en mi in-
teligencia, y mi devilidad en los sentidos. Mi inteligencia
es la que me eleva hasta las ideas del orden y del bien ge
neral. Mis sentidos los que me abaten á las miras
personales, y me hacen descender hasta mi mismo. De
este modo me ennoblece mi inteligencia, y mis senti-
dos me envilecen. Tu Padre, para ser libre, quiso pri-
ci esclavizarlos. Desde este instante se entregó á un
genero de vida austera, y se dixo:
,, Domaré mis pasiones, y la mas terrible de todas, por-
,, que es la mas dulce, el amor al deleyte. La vida es
,, un combate; es necesario luchar continuamente.
,, Huiré del luxo, porque este debilita al alma por to-

„dos los sentidos, le huiré, porque en un Principe el
„lujo agota tesoros para satisfacer caprichos. Me man-
„tendré con poco, como si fuera pobre; porque aunque
„Principe mis necesidades no exceden à las de un hombre.
„No entregaré al sueño mas tiempo que el que no te
„pueda quitar. Me diré todas las mañanas: esta es
„hora en que los crimenes adormecidos se despiertan;
„las pasiones y los vicios se amparan del universo,
„los desgraciados renacen al sentimiento de sus
„males, el oprimido, agitandose en su prision, encu-
„entra de nuevo el peso de sus cadenas. La virtud,
„los Beneficios, la autoridad sagrada de las leyes,
„deven dispertarse. Solamente los trabajos deven ser
„el descanso de los trabajos. Si el estudio y los negocios
„llenan todas mis horas, el placer no encontrará
„ninguna vacia de que ampararse.„

Entonces Commodo, con voz agitada interrum-
pio otra vez à Apolonio: Y que? todos los deleytes es-
tan proividos à un Principe? El Filosofo respondio:
tu Padre se pregunto lo mismo y ve aqui lo que se
respondio: „No Marco Aurelio, no estaras privado
„de todos los placeres; y los Dioses te han reserbado
„los que mas impresion hacen, y los mas puros. tus
„tus gustos consistiran en consolar el dolor, y suavi-
„zar el infortunio. Tus gustos seran de aliviar con

„una sola palabra toda una Provincia, de poder ha
„cer felices docientas naciones cada dia. Dime: ¿preferi-
„rà à esto, la languidez de los deleites, el espectaculo de
„los gladiatores, el entretenimiento barbaro de ver com-
„batir en la palestra, hombres con animales feroces?
„Cada instante esta señalado por un dever; cada de-
„ver deve ser para ti el manantial de un placer„

Principe, tal fue la repuesta de tu Padre à la question que me has propuesto. Se paró; y despues de algunos instantes siguio de esta suerte su discurso.

Llegó à penetrar lo que la naturaleza exigia de el: havia conocido à Dios, su alma, su razon, su plaza en el universo, su lugar en la Sociedad, sus deveres de hombre, sus obligaciones de Principe. Habia procurado fortificar su alma contra todos los obstaculos que pudiesen algun dia retardarle en su marcha. Entonces levantó sus manos al Cielo (y dixo) y tu tambien Joben Emperador di con el

„O Dios, no has creado los Reyes para que
„sean opresores, ni los Pueblos para que sean oprimi-
„dos. No te pido que me hagas mejor: no tengo una
„voluntad activa para perfeccionarme, combatir-
„me, y vencerme; pero te pido lo que yo no te puedo

„dor, y es, el que me ilumines para que yo pueda cono-
„cer la verdad. Bolvio en si, advirtio que la noche se
„havia pasado, y que el Sol asomaba ya por el orizonte.
„El tropel del Pueblo llenaba ya las calles de Roma.
„Ya oia las aclamaciones que anunciaban que Anto-
„nino marchaba hacia la plaza publica. Sali, dice,
„para ir à juntarme con mi Padre. En todo el curso de
„sus acciones, vi que practicaba lo mismo que yo ha-
„via resuelto hacer, y esto me animó aun mas à la virtud„

Los Romanos havian escuchado con un profun-
do silencio. Durante esta lectura, sus corazones se ha-
vian llenado à un tiempo de pesar, de admiracion,
y de terneza. Habian visto obrar este grande hom-
bre: fueron durante cuarenta años testigos de sus
virtudes, pero ignoraron sus principios. Con mas
dolor, se fijaron sus ojos sobre sus cenizas: y lue-
go por un movimiento como involuntario, se
fijaron casi à un mismo tiempo sobre el hijo de
Marco Aurelio, quien contemplandose indigno
de este nombre, bajó la vista.

Hijo de Marco Aurelio, exclamó Apolonio;
estas miradas vueltas sobre ti, te preguntan, si se-
ras semejante à tu Padre; no olvides las lagrimas
que ves verter: (y volviendose hacia el Pueblo)
Suspendamos nuestros sentimientos para acabar

de tributar homenage à sus virtudes. Aun no os he presentado mas que la mitad de lo que el era: es necesario volver àzia su principio, seguir el Plan que el se havia trazado, y aplicar à la felicidad del mundo durante veinte años las ideas de Moral que la Filosofia le havia sugerido lejos del Trono. Marco Aurelio ha visto que la naturaleza ha colocado un espiritu general de Sociedad entre los hombres. De el, ve nacer la idea de la libertad, porque no puede haver sociedad, en donde no hay mas que
9.º un Señor y Esclavos. Ni propriedad, porque sin la seguridad de las posesiones ya no hay orden social. Ni Justicia, porque solo la Justicia puede establecer el equilibrio que las pasiones intentan quebrantar. En fin ni benebolencia universal, porque estando asociados todos los hombres, ninguno hay vil à los ojos de la naturaleza, y si todos no tienen derecho à la misma dignidad, todos le tienen à la misma felicidad. Tal ha sido el plan general de su Reynado. Doi principio por la libertad Romanos, porque la libertad es el primer derecho del hombre, es el de no obedecer mas que à las leyes, y el de no temer mas que à ellas. Desdichado el Esclavo que temiera pronunciar su nombre! ¡Ynfeliz de aquel pais donde el pronunciarlo seria

un delito! En tiempo de vuestros Tiranos lo era: ¿Pero que han producido sus vanos furores? ¿Acaso han apagado en el corazon de vuestros Padres aquel sentimiento generoso? Podran comvatirle; pero no pueden destruirle. En donde las almas fuertes subsisten, se conserba entre cadenas; vive en las prisiones, renace bajo las hachas de los Lictores. Romanos, mientras le penseis, tendreis valor y virtudes.

Marco Aurelio, conocio este derecho sagrado al subir al trono: vio que el hombre nacido libre, pero con la necesidad de ser governado, se havia sugetado à las Leyes, jamas à los caprichos de un Señor; que ningun hombre tiene el derecho de mandar à otro arbitrariamente; que quien usurpa este poder, destruye su poder propio. Havia visto en vuestros anales los males de vuestros ascendientes, bajo el Reynado de los Tiberios y los Nerones; el despotismo de estos monstruos bajo el qual no se conocia otra virtud que el saber morir; el despotismo tan odioso y todavia mas refinado de los Libertos; la opresion en el Imperio; el universo esclavo; un hombre bajo el nombre de Emperador, que todo lo destruia, porque de todo se hacia el centro, y que parecia decir à

las Acciones: vuestros bienes y vuestra Sangre todo es mio; Sufrid y morid. Romanos, yo se que jamas habreis dado ni podido dar à vuestros Emperadores estos derechos tan odiosos; pero ya que ellos son à un mismo tiempo Principes, Generales, Magistrados, Pontifices, ¿Quien pondra limites à su poder, si ellos mismos no le ponen? ¡O Dioses! ¿Porque un solo hombre no sea virtuoso, han de ser doscientas naciones infelices? Marco Aurelio armado de todas fuerzas del despotismo, se desnuda de ellas libremente. Por no abusar de su poder, le limita por todas partes: aumenta la autoridad de las leyes, que muchos Emperadores havian querido destruir; hace valer la de los Magistrados, que muchas veces no havian sido mas que unas fantasmas ò esclavos. Jamas consintio Senadores bajo su Reynado, jamas Ciudadano relajado se atrebio à proferir que el Principe no estaba sugeto à las leyes: Perverso, le huviera dicho Marco Aurelio,
„¿Que te he hecho yo para que me envilezcas? sa-
„be, que esta sumision me honra, aprende que el
„poder de hacer lo que es injusto, es flaqueza.„ No temo el decirlo, Romanos, jamas el mejor tiempo de Roma, ni aun bajo vuestros mismos Consules, vuestros antecesores han sido mas libres que vosotros.

¿Que importa el ser governados por uno solo, ó por muchos? Reyes, Dictadores, Consules, Decembiros, Emperadores, todos estos diferentes nombres no significan mas que una misma cosa, los ministros de la Ley. La Ley es el todo: la constitucion de los estados puede trocarse; los derechos de los Ciudadanos siempre son los mismos. Estan independientes asi del caprichoso que usurpa, como del relaxado que se vende; fundados en la naturaleza son inalterables como ella.

Puedo pues atestaros á todos, y preguntaros. Si Marco Aurelio ha oprimido jamas á un Ciudadano. Uno solo que haya, que se lebante y me desmienta. Todo el Pueblo empezó á gritar, ninguno, ninguno. Aun puedo preguntaros mas, si bajo su Reynado jamas fue oprimido uno solo de entre vosotros por aquellos francos del Palacio que se hacen esclabos para ser tiranos; mandan con mas orgullo que obedecen, y armados de un poder que no les pertenece, codiciosos de gozarle, inciertos de su duracion, violentan todos sus resortes, y precipitan la servidumbre publica? Decid Romanos, ¿ha existido alguno bajo su Reynado? Bolvieron á gritar todos juntos: Ninguno, y continuo: Gracias á los Dioses inmortales, tubisteis un Principe, y este Principe no se dejó dominar. Para que esta

vieseis siempre libres, ni se dejó sugetar; ni se dejó mandar: defendió vuestra libertad contra si mismo; la defendió contra todos aquellos que cercaban el trono. ¿Pero de que os huviera servido vuestra libertad si al mismo tiempo no os huviera asegurado la propiedad de vuestros bienes? ¿Que digo? En donde lo uno falta, lo otro es un fantasma. Ha! tiempo hubo en que Roma y el Imperio fueron la presa del latrocinio: un tiempo en que las confiscaciones arvitrarias, las exacciones odiosas, las prodigalidades sin causa y sin objeto, las rapiñas que renacian sin cesar, desolaban las familias, aniquilaban las Provincias, empobrecian al pobre, y hacian ~~[illegible]~~ devorar casi todas las riquezas del Imperio por un Señor abaro, ò por algunos faboritos que se designaban partir sus riquezas con su dueño: ¡he hay una devil parte de los males que vuestros antecesores han sufrido! ¿Y que? ¡Si semejantes males subsistieran siempre sobre la tierra, no valdria mas andar errantes en los bosques y participar del Albergue de los animales salbages? A lo menos estaria uno seguro de que una mano codiciosa no penetraria aquellas soledades buscando al hombre miserable y falto de bienes. La gruta que eligiese le serviria de asilo, y podria decir: Aqui la peña que me cubre, y el agua que me disaltera, me pertenecen: aqui no pago clame

que respiro. Romanos, ninguno de vosotros bajo el imperio de Marco Aurelio se ha visto reducido á formar semejantes deseos. Empieza por reprimir la sorda tiranía del fisco para con los Ciudadanos especie de guerra en donde muchas veces hacen combatir la ley contra la justicia y el Soberano contra los Subditos. Toda acusacion que no tenga otro objeto que el de engruesar sus rentas, es desechada; cualquier derecho equivoco de su tesoro, esta decidido contra el. Repugna las confiscaciones, como un abuso barbaro que castiga al hijo ignorente de los delitos del padre, como un abuso peligroso que hace desear encontrar culpados en donde hay ricos. No quiere que sean los delitos del Ciudadano patrimonio del Principe, y que el que es Jefe de la Patria encuentre un vergonzoso provecho en lo que le afflige.

Esta moderacion se extiende hasta el Tesoro publico. Ya lo habeis visto en las necesidades mas urgentes, perdonar lo que era debido, cuando creyo la exaccion demasiado onerosa. Cuando se multiplicaban las necesidades, era el tiempo en que multiplicaba

los beneficios hacia los pueblos. Pero me avergüenzo de emplear, hablando de Marco Aurelio, el lenguage que la lisonja ha consagrado para los Principes. Lo que yo llamo beneficios, lo llamaba el justicia. No, el estado no tiene ningun derecho sobre la miseria, fue tan vergonzoso como barbaro el quererse enriquecer de la misma pobreza y de arrebatar al que tiene poco para dar al que todo lo tiene. En su tiempo el labrador fue respetado; el hombre, que no tenia mas que sus brazos, pudo gozar de lo necesario que sus brazos le habrian agenciado; la holgazaneria y el lujo pagaron con riquezas lo que la pobreza pagaba con trabajos. Aun da mayor ejemplo: colocado entre enemigos ardientes y pueblo aniquilados, carga sobre si mismo, Romanos, los impuestos que hubierais podido pagar, sin empobreceros. Se pregunta adonde estan los tesoros para la guerra: vedlos aqui dijo, señalando los muebles de su palacio. Despojad esas paredes; quitad esas estatuas y esos cuadros; llevad esos vasos de oro á plaza publica: vendase todo en nombre del estado; sirvan a la defensa del Imperio estos vanos ornamentos que servian de decoracion a los Palacios de los Emperadores. Estaba in-

mediato á él, en el tiempo que daba y se ejecutaban sus ordenes: le parecio que estaba admirado. Se volvió hacia mi. „ Apolonio, me dijo ¿Y que tambien te admiras como el Pueblo? ¿Acaso habia de „ venderse la argila del pobre, y el trigo que nutra „ a sus hijos, en lugar de estos vasos de oro? Amigo „ mio, me dijo un instante despues, tal vez estas ri„ quezas habran costado lagrimas á veinte Nacio„ nes: esta venta será una debil expiacion de los da„ ños hechos á la humanidad.„ Romanos, aquellos apartamentos despojados, aquellas paredes casi desnudas, tenian para vosotros mayor resplandor y grandeza, que los Palacios de oro de vuestros Tiranos. La casa de Marco Aurelio en este estado, se asemejaba á un augusto templo, que no tiene mas ornamentos que la Deidad que lo ocupa. Poco es despojarse á si mismo, tubo el valor de rehusar á los demas lo que no tenia derecho de dar. Aprendio á defenderse de aquella generosidad que muchas veces es la enfermedad de las almas grandes, seduccion tanto mas peligrosa, cuanto es mas semejante á la virtud; pero q.e p.a hacer un hombre feliz hace algunas veces la desgracia de dos mil. Los malos Emperadores

corrompian los campos para hacerse con ello un apoyo contra Roma; el oro prodigado serviria en los Exercitos, serviria á forjar las Cadenas, que el despotismo extendiá sobre el Universo. Marco Aurelio se hubiera avergonzado de comprar los Exercitos del Ymperio contra el Ymperio mismo. Les concede en nombre del Estado, todo lo que el Estado les debe; pero nada en nombre del Principe: No quiere que enriquecidos por sus manos, se acostumbren á separar la cualidad de Ciudadanos. Apolonio iba á proseguir, cuando un Senturion, que cerca de el estaba, le interrumpió de improviso.

Filosofo, dijó, permite á un Soldado que cite de nuestro grande Emperador un rasgo que tal vez ignoras. Estabamos en Germania, y acababa de ganar una vitoria. Le pedimos una distribucion de Dinero: ve aqui lo que nos respondió: Podabia me acuerdo: estabamos en el Campo de Batalla, y tenia en la mano su Casco todo agujereado de las Saetas. „Amigos mios, nos dijó, hemos vencido, pero si se os „ha de dar el despojo de los Ciudadanos ¿Que „importa á el Estado vuestra vitoria? Todo lo q. „os diere mas de lo que os tiene debido, será sacado de la sangre de vuestros inmediatos y de

„ vuestros Padres.„ Nos abergonzamos y ya no le pedimos nada.
Yo sabia estos repuestos de Marco Aurelio, dijo, el anciano al soldado, pero me alegro mas que seas tu el que la refieras al Pueblo Romano. Entonces Apolonio volvio á su discurso. Habló de la Justicia y del modo con que Marco Aurelio la hacia executar en Roma. ¡Que importa dice, que el Gefe no sea ni opresor, ni tirano, si los Ciudadanos oprimen á los Ciudadanos! Si el despotismo de cada particular, estuviese sin freno, no seria menos terrible que el del Principe. Por todas partes ataca el interes personal al interes de todos. Todas las fortunas se destruyen; todas las pasiones se chocan; la Justicia es la que combate y previene esta anarquia. Romanos, exclamó, ¿Es posible que entre los hombres, todo lo que es principio de un bien, haya de ser el origen de un mal? Esta santa Justicia, el apoyo y el garante de la Sociedad, llegó á ser en tiempo de vuestros tiranos, el mismo principio de su destruccion. En el recinto de vuestros muros se havia lebantado una casta de hombres, que bajo el pretesto de vengar las Leyes, vendian todas las leyes. Vivian de acusaciones; y traficaban en calumnias, y siempre estaban prontos á vender la inocencia á la ira, ó la riqueza á la abaricia. Entonces todo era crimen de Estado: era un delito, de reclamar el derecho de los hombres, de alabar la virtud, de lastimarse de los desgraciados, de cultibar las ar-

tes que elevan el alma, era un delito en fin el de invocar el sagrado nombre de las Leyes. Las acciones, las palabras, el silencio mismo, todo era acusado. Que Digo? Ynterpretaban hasta el pensamiento, le desnaturalizaban para encontrarle culpado. Este es el modo como el arte de la delacion lo envenenaba todo, y los delatores se hallaban colmados de las riquezas del Ymperio; y proporcionaba el exceso de sus dignidades, al exceso de su venganza. ¿Que recurso en un Estado, en donde se deguella la inocencia en nombre de las Leyes que la devieran defender? Muchas veces no se dignaba siquiera à recurrir à la vana formalidad de las Leyes, el poder arbitrario envenenaba, desterraba, ò hacia morir à su grado. Romanos, vosotros lo sabeis si Marco Aurelio tubo en horror esta Justicia tiranica que coloca la voluntad de un hombre al lugar de la decision de la Ley, que hace depender ò de una sospecha ò de un error, la vida y la fortuna de un Ciudadano cuyos golpes son tanto mas terribles, cuanto que solo deja de sentir al desgraciado el tiro que le penetra, sin que pueda ver la mano que le dispara, ò que separandole del universo entero, y no condenandole à vivir mas que para morir sin cesar; le abandona bajo el peso de sus cadenas, ignorando al mismo tiempo su acusador y su delito, lejos de la libertad, cuya augusta imagen esta siempre negada à su vista, lejos de la ley, que en la car-

cel, ó en el destierro siempre deve responder al que le invoca. Marco Aurelio miraba todas las formalidades de las Leyes, como otras tantas barreras que la prudencia ha opuesto à la injusticia. En su tiempo desaparecieron los delitos de lesa Magestad, que solo en tiempo de los malos Principes se multiplicaban: mandaba remitir todo genero de delacion al acusado con el nombre del delator; para los hombres viles esta providencia era un freno, y para los que no tenian nada que temer; siempre que les fuese permitida la defensa, es un asilo.

Ciudadanos, el desgraciado que persiguen ba à refugiarse en los templos, en donde abraza los altares de los Dioses. En tiempo de Marco Aurelio, vuestros asilos y vuestros templos han sido tribunales de vuestros Magistrados. Decia, todos los que temen la opresion, retirense bajo este sagrado abrigo; alli, y yo atesto à los Dioses, si jamas os oprimo; quiero Romanos, que encontreis un asilo contra mi mismo.

¡Y con que dignidad alaba este grande hombre à los Magistrados y à los Jueces de sus obligaciones! Si teneis que juzgar à vuestro enemigo, daos el parabien; teneis à un mismo tiempo una pasion que vencer, y una grande accion que egercer: Si el fabor intenta corromperos, poned de un lado al premio que os ofrecen, del otro la virtud, y el derecho de estimaros vosotros mismos.

si os intimidan::: ¿Pero à quien pudierais temer? ¿Acaso es à mi à quien temeis disgustar, procediendo bien? ¡Ay de vuestro Emperador! Porque huvierais sido justos vosotros sereis los grandes, yo seré el infeliz y el culpado. De este modo el espiritu de Marco Aurelio animaba todos los tribunales del Reyno.

En su tiempo, la Justicia no fue ni venal, ni corrupta, ni muy precipitada, ni demasiado lenta: no fue necesario comprarla con presentes; ni arrancarla con impor-
12° tunidades. Un abuso funesto havia multiplicado los dias en que los tribunales estaban cerrados, como si los tales dias huvieren hecho defensa al rico de usurpar, al poderoso de destruir, al desgraciado de sentir sus penas. Romanos, el tiempo se transcurria por las divisiones y los delitos, y para el restablecimiento del orden; su curso estaba suspenso. Marco Aurelio reformó estos abusos: le parecio, asta en los dias sagrados, que la Justicia echa à los hombres, no podia ofender à los Dioses; y el tiempo, el muy Santo de los tesoros, fue restituido à la Patria.

Aunque ocupado de la administracion general, sabia, sin embargo, encontrar algunos instantes para juzgar por sí, los asuntos de los Ciudadanos. Filosofo, dixo, improvisamente un hombre que estaba en la multitud, "Yo respeto y admiro

á Marco Aurelio; ¿Pero crees tú que el poder de juzgar pueda no ser jamas temible en el Principe? „ Ya lo sé, replicó Apolonio, se deve temer que acostumbrado á la marcha del poder, no quiera aun mismo tiempo ser el Majistrado y la ley: que si pronuncia solo, no esté engañado; que si preside en los Tribunales, su autoridad, ó pesar suyo no corrompa á los Jueces y que la lisonja no inmole la ley al que todo lo puede: pero estos abusos que se an echo sentir en tiempo de vuestros tiranos, estan en la mano del hombre que los sufre ó los ace acer. El poder de juzgar en el Principe tiene tambien sus ventajas, cuando este tiene virtudes.... me atreveré á decirlo: está entonces mas inmediato al pueblo; vé el por menor de las desgracias de los hombres, aprende á someter sus pensamientos á la ley, y la voluntad absoluta, siempre impetuosa, se acostumbra á seguir una cadena que la detiene. Tal era en sus juicios, el espiritu de Marco Aurelio. No me canso de ablar de la justicia de este grande hombre. Le he visto varias noches seguidas, estudiar un asunto importante, que abia de decir: trabajabamos juntos, quise estimularle á que tomase reposo; y me dixo: Apolonio, demos un

exemplo á todos aquellos hombres ambiciosos de los gustos, y fatigados de negocios, que pretenden separar los honores de los trabajos. No os admireis de este modo de ablar; es muy conforme al sistema de un Principe que era justo por principios, y que por obligacion, amaba á todos los hombres; se ocupaba igualmente en los intereses de todos. Aqui paró el filosofo; parecio estar lleno de un sentimiento doloroso y profundo. Romanos, os lo confesaré, dixo: ay una idea que me aflixe, y que me á echo gemir algunas veces: es la desigualdad inmensa que el orgullo ha colocado entre los hombres. La naturaleza siempre bien echora abia creado debiles é infelices. Entonces una pequeña parte se á amparado de todo: á invadido el Universo, y el genero humano se á encontrado desheredado. De alli nacio el desprecio insolente, y el orden altibo: la dominacion feroz y la piedad del orgullo, mas cruel todabia que el desprecio. La venganza de estos insultos echos al genero humano toca á la filosofia colocarla sobre el trono. ¡O vosotros que no sois, ni patricios, ni ricos; pero que sois Ciudadanos y hombres! ¡No temo que vuestras imprecaciones secretas se echen

con las alabanzas con que honró la memoria de vuestro Emperador! Su bondad compasiba ni vé en todos los ordenes del estado mas q.e una numerosa sociedad de hermanos, de parientes y de amigos. ¡Quantas veces le abeis visto enternecerse de vuestras necesidades, dulcificarlas con sus lagrimas, penetrar para conocerlas asta el interior de vuestras familias! Para consolaros de vuestros trabajos, os prodigaba las diversiones y las fiestas, y por medio del atractivo de los espectaculos, estrayendo de si mismo al pobre; suspendia el sentimiento de sus males, ó le acia olvidar, algunos instantes siquiera, los bienes que no gozaba. En su tiempo, la obscuridad del hombre no fue una esclusion á los cargos y á las dignidades. Marco Aurelio, oculta las preocupaciones, para apreciar los hombres solo juzga los hombres. Manos que abian guiado el arado an dirijido á su tiempo las guardias pretorianas, y para elegir un esposo á su hija, echó el ojo sobre Pompeyano, quien en lugar de acidentes, solo tenia merito: la alianza con la virtud, decia, no puede deonrar al Maestro del mundo.

Apolonio, en este instante paseando su vista sobre la asamblea del Pueblo Romano, distinguió à Pertinax: este era un guerrero celebre por sus victorias; y su merito le havia de exaltar un dia al Imperio. Acaba de regresar à Roma con una parte del crecido Egercito, acompañado del cuerpo de Marco Aurelio. Estaba algo separado de la multitud, las manos apolladas sobre su lanza, y tristemente recostado contra una columna. Al instante, Apolonio dirigiendose à el: Contigo, Pertinax, dijo, tienes valor de confesar que tu
13. Padre ha sido esclabo, y murio libre; portanto eres mas acreedor à nuestros respetos: atrevome à traherte aqui à la memoria, una desgracia que no te honrra menos que à tu Emperador. Fuiste acusado, estubo atonito y tu padeciste culpado. Tu inocencia no tardó en resplandecer: Marco Aurelio fue bastante grande para perdonarte el ultrage que te havia hecho. Te nombro Senador y Consul, huvo hombres que creyendose tus ribales, se atrebieron à decir: que la gloria del Consulado estaba embilecida por tu nacimiento. Y que? exclamó Marco Aurelio; ¡La plaza de los Scipiones envilecida por un guerrero que le semeja!

El que exalta asi à los Plebeyos ilustres, no puede olvidar la nobleza del Imperio; pero quiero que esta apoye sus titulos con sus acciones. Siesta

solo es fastuosa, la desdeña, si tiene virtudes la honra; si es pobre, la sostiene; no quiero que en una Ciudad corrompida por el luxo, almas cuya obligacion es de ser generosas, des- ciendan á medios vergonzosos de enriquezerse. Ablando de la proteccion que Marco Aurelio concedió á los hombres utiles de todas Clases ¿puedo acaso olvidarme, Romanos, de la que nos concedia á nosotros mismos, y á todos aquellos que como el cultibaban su entendimi- ento por el estudio? Abiso á los Dioses que no es el recuerdo de un relajado interés quien, en este instante me ace tributar alaban- zas á mi Emperador. Si durante sesenta años no he aspirado á onores, ni codiciado ri- quezas, si, amado de Marco Aurelio, he jus- tificado mi poder con mi conducta; si, ultra- jado algunas veces, solo he correspondido con beneficios al rencor y á la calumnia con mis acciones, sin duda tengo el derecho de ablar de todo lo que este grande hombre ha echo por la filosofia y por las letras. No sé si tendrán todabia algun dia enemigos den- tro de Roma. No sé, si la proscripcion y el destierro serán la parte que nos guarda;

pero en ningun tiempo podran aogar en nosotros la voz de la naturaleza, que nos advierte que los pueblos tienen el derecho de ser felices. Lloramos los males del genero humano, y cuando en alguna parte del mundo se levante un Principe como Marco Aurelio, que anunciara que pretende colocar consigo en el trono la moral y los conocimientos; entonces todos juntos levantaremos las manos desde lo mas interior de nuestro retiro para dar gracias á los Dioses. Aquí quisiera poder dar vigor á mi voz tremula. Marco Aurelio desde lo alto del Capitolio, ace señal. Todos aquellos que en todas las partes del imperio aman y buscan la verdad, acudan á su rededor: les anima y les protege: le abeis visto aun siendo emperador, presentarse varias veces en las escuelas publicas para instruirse en ellas. Parece que iba á buscar entre la multitud la verdad que huye de los Reyes. Bajo su Reinado eramos utiles. Esta gloria nos ubiera bastado: este grande hombre quiso añadirle los

honores. Ha exaltado á varios de nosotros á las primeras dignidades del Ymperio, y les á echo erigir estatuas junto á los Catones y á los Socrates. Romanos, si vuestros tiranos pudieran salir de sus sepulcros, y parecer de nuevo dentro de vuestros muros, ¡que llenos de admiracion no estarian viendo sus propias estatuas mutiladas y abatidas en Roma, y en su lugar los sobrenombres de aquellos mismos hombres que ellos acian arrastrar en las carceles, y cuya sangre acian verter bajo las achas! Marco Aurelio, reconociendo todas las clases de ciudadanos, se encarara con los que de pures infelices desconocen la birtud. Sabias leyes contienen el desorden; pero la primera ley fue el exemplo. Su austeridad premió á la birtud. Las almas debiles tubieron animo para la virtud, las ambiciosas tubieron buenas costumbres por interes. Se lastima de los que no puede corregir, los reprende; pero no puede resolverse á aborrecerlos. Austero para si solo, poseia aquella dulce humanidad tan propia á nuestra flaqueza. Hombres fieros asaron ofen-

derle; desdeñaba la venganza que le era facil; y el
Filosofo olvidaba la injuria hecha al Principe.
Aqui Commodo hizo un movimiento; advir-
tieron alteracion en su rostro, y sus ojos se inflama-
ron. Parecio estar determinado à romper el silencio;
pero se contubo, y el Filosofo prosiguio.
La bondad era el caracter de este grande hom-
bre; esta se encontraba en sus discursos, en sus acciones;
pintada estaba en todos los rasgos. Pero, ¿que digo? fue
el objeto de su culto. Ved ese Capitolio, en donde su ma-
no le ha erigido un templo. ¡O Dios del Universo! has-
14 ta en adorarte, te han ultrajado casi en todos los pai-
ses del mundo; en todas partes la superstición barbara
ha tenido sus Altares sobre los cuales te ofrecia para
aplacarte, los gemidos y los gritos de las victimas huma-
nas. Marco Aurelio te invocaba bajo la idea de un ser
bueno: te pintaba à los hombres como estabas pintado
en su corazon. No, no olvidaré jamas, aquel dia, aquel
instante solemne en que un Principe, Soberano Ponti-
fice, como Soberano de su pais entró por la primera
vez en un templo dedicado à la bondad, y quemó
el primer incienso sobre el Altar, en medio de las
aclamaciones y del regocijo de un pueblo que pa-
recia tenerle por la Divinidad del templo. Ro-
manos, à vuestros antecesores les fue imposible

condenar à Manlio culpado mientras tuvieron à su vista el capitolio, que este celebre guerrero havia salvado; y yo deseo que la vista de este nuevo templo; la este mismo capitolio contenga vuestros Emperadores, siempre que intenten hacer alguna cruel y tiranica accion. Pueblos vengan à jurar à este altar los que reinen sobre vosotros como Marco Aurelio: Acostumbrense à pensar, como el: que todo beneficio concedido à los hombres es un acto de religion para con la Divinidad.

En esta Asamblea del Pueblo Romano havia una multitud de estrangeros, y de Ciudadanos, de todas las partes del Imperio. Los unos se encontraban desde mucho tiempo en Roma; los otros havian seguido de diferentes Provincias el Carro funebre, y le havian acompañado por honor. Improvisamente uno de ellos (era el primer Magistrado de una Ciudad situada al piè de los Alpes) levantò la voz y dijo: Orador, nos has ablado de los Beneficios que Marco Aurelio ha hecho à particulares infelices: hablanos del que ha hecho à Ciudades y à Naciones enteras. Acuerdate del hambre que destruyò la Italia. Oiamos los gritos de nuestras Mugeres y de nuestros hijos que nos pedian pan. Nuestros esteriles campos, y nuestros mercados

desiertos, ya no nos ofrecian ningun recurso. Hemos imbocado à Marco Aurelio; y el hambre ha cesado:::::: Entonces se acercó: tocó la tumba, y dijo:::: traigo à la ceniza de Marco Aurelio los homenages de toda la Ytalia.

Se presentó à seguida otro hombre: tenia el rostro quemado del ardor del Sol: sus rasgos tenian, no se que de ufano; su cabeza dominaba sobre toda la Asamblea. Era un Africano. Lebantó la voz, y dijo:.
He nacido en Cartago. He visto un incendio general, devorar nuestras casas y nuestros templos. Escapados de sus llamas y hechados algunos dias sobre ruinas y montones de Ceniza; hemos imbocado à Marco Aurelio, y ha reparado nuestras desgracias. Cartago ha dado una vez, gracias à los Dioses de ser Romana. Se acercó, tocó la tumba y dijo: traigo à la Ceniza de Marco Aurelio los omenages de la Africa.

Tres havitantes del Asia se presentaron; en una mano tenian incienso, y en la otra coronas de flores. El uno de ellos dijo;;, En el Asia hemos visto asolarse el suelo que pisabamos, y nuestras tres ciudades trastornadas, por un terremoto. De enmedio de sus bestigios hemos imbocado à Marco Aurelio; y nuestras Ciudades han salido de sus ruinas:::: Pusieron sobre la tumba el incienso y las coronas, y digeron: traemos à

la ceniza de Marco Aurelio la homenage del Asia.

En fin se presentó un hombre de las riberas del Dannubio. Venia bestido à lo barbaro, y tenia una maza en la mano. Su cara cicatrizada era baronil y terrible; pero sus rasgos medio salbages, parecian estar en aquel instante dulcificados por el dolor. Se adelantó y dijo: „ Romanos, la peste ha desolado nuestros climas. Dicen que recorrió el Universo, y que llegó à nosotros desde las fronteras de Patroclo. La muerte reinaba en nuestras cabañas, nos perseguia en nuestras selbas. Ya no podiamos ni cazar, ni combatir: todo perecia. Yo mismo esperimenté este azote terrible y no podia ya sostener el peso de mis armas. En esta afliccion hemos invocado à Marco Aurelio: Marco Aurelio ha sido nuestro Dios conserbador. - - - Se acercó puso su maza sobre la tumba y dijo: traigo à tu ceniza el homenage de veinte Naciones que salbaste.

Ya ois Romanos, continuó Apolonio. Sus cuidados se estendieron sobre todas las partes del Mundo. En el espacio de veinte años esperimentó la tierra todos los azotes; pero la naturaleza habia dado à Marco Aurelio à la tierra. ¡Y este grande hombre ha tenido enemigos!

¿Es posible, es acaso un decreto eterno que la virtud ja-
mas pueda desarmar à la ira? Romanos, vuestros me-
jores Emperadores han visto los puñales afilados con-
tra ellos. Nerva se ha visto estacar en su Palacio.
Han conspirado contra Tito, Antonino y Trajano. Se
han visto precisados à perdonar conjurados, y Mar-
co Aurelio ha combatido por su vida. Ya pensais
en la revolucion de Casio; à este hombre altanero,
audaz, austero con furor, boluptuoso con furia, que-
riendo tan presto ser Catilina, tan presto Caton, es-
14. tremado en sus virtudes como en sus vicios; y el bar-
baro, rebolcandose, pronunciaba las palabras de vir-
tud y patria, y ablaba de abusos, de reforma de cos-
tumbres; por que en todos tiempos el bien publico ha
servido de pretexto al delito, oprimiendo à los hombres,
los preocupan con la felicidad del Estado.

Quisiera poder traheros ahora à la vista
aquellos tiempos de vuestros anales en que vuestros
tiranos descubrian una Conspiracion, ò triunfa-
ban de una Rebolucion. Vosotros os acordareis: la
proscripcion era un derecho; y la razon del Estado
justificaba el omicidio; al llegar à conocer un cul-
pado, ningun Ciudadano havia inocente, y el mas
dulce sentimiento de la naturaleza passaba por
un delito: expiaban la lagrima secreta que esca-

jaban del ojo de un amigo, sobre el cadaber de su amigo; y la madre que lloraba la muerte de su hijo, era arrastrada al suplicio. Es nesesario recordar de tiempo en tiempo á la tierra estos delitos, para que los Principes por el exeso de sus venganzas, aprendan á temerlos de su poder. Veis aquí aora la conducta de Marco Aurelio; le traen la cabeza del usurpador que á perecido en manos de sus complices; aparta la vista de ella, y manda que estos tristes vestigios sean hinnumados con onor. Dueño de los rebelados los perdona, liberta la vida á todos aquellos que abian querido arrebatarle el imperio. ¿Que digo? se constituye su protector. El Senado quiere vengar su Principe; y el implora del Senado la gracia para sus enemigos." Os conjuro en nombre de los Dioses, de no verter sangre: vuelban los desterrados: restituyan los bienes á los que an sido despojados de ellos, y ¡ojalá, Romanos añadió, pudiera abrir los sepulcros!" No os admireis pues si la familia de Casio, que en otros tiempos no hubiera esperado mas gde

proscripcion y muerte; à recobrado oy todo el esplendor de su antigua fortuna. Volved los ojos acia aquella parte. El Pueblo miró: llegó à la puerta de un palacio una mujer de un semblante noble, y cuya ermosura aun no abia borrado la edad. Estaba cerca de un portico, algo mas elevada que la confusion: la cabeza medio cubierta de un velo. A su alrededor se veian niños de diferentes edades; era la mujer y los hijos de Cassio. Como estaban demasiado apartados de la multitud, no podian oir lo que decia el Filosofo; pero miraban aquel grande espectaculo. Algunas veces fixaba la madre sus ojos enternecidos sobre sus hijos; luego tendiendo improvisamente los brazos acia la tumba, parecia daba gracias à Marco Aurelio de aberselos conservados. Pueblo, dixo Apolonio, veis ay los testigos de su clemencia.

Despues de aber apaciguado à Roma marchó à Asia para aquietar las Provincias alteradas; ya à hacer ver por todas partes aquel maestro bien

echor, aquel Principe filosofo, cuyo Imperio abian jurado desconocer algunas ciudades sublebadas. Se presentan los papeles de los rebeldes y los quema sin leerlos. No quiero, dixo, verme precisado á aborrecer. Todo cae á sus pies; perdona á las Ciudades y á las provincias; los Reyes del Oriente vienen á rendirle omenaje; mantiene, ó restablece la paz, y por todas partes se admirar aquella filosofia digna del trono. En fin despues de ocho años se presentó nuebamente en las riberas del Tiber; ¡ô con que alegria fue recivido! Jamás se abian visto en Roma tantas virtudes juntas; unia las luces de Adriano y el alma de Tito; abia governado como Augusto; combatido como Trajano, perdonado como Antonino; el pueblo era feliz, el Senado grande; sus mismos enemigos le adoraban; las guerras estrangeras se terminaban con la victoria, y la guerra civil con la clemencia. Del Danubio al Eufrates, y del Nilo á la gran Bretaña abian sesado las turbulencias, todo estaba tranquilo: la Europa, el Asia, y el Africa

descansaban en paz. Entonces triunfó segunda vez. Los hombres de todas Naciones, y los Embajadores de todos los Reyes realzaban esta pompa. La sangre de las victimas corria todos los templos, el incienso humeaba sobre todos los Altares; El pueblo rodeaba con griteria sus Estatuas, y las adornaba de flores; por todas partes resonaban aclamaciones; y en medio de tanto esplendor, en la marcha del triunfo, tranquilo, y sin fausto gozaba en silencio de la felicidad de Roma y del Ymperio, y desde lo alto del Capitolio parecia estar hechando una ojeada con serenidad sobre el Universo. ¿Quien de vosotros, Romanos, no estaria entonces lleno de deseos, de
16. que este grande hombre fuese inmortal, ó que los Dioses le concediesen, à lo menos una dilatada vegez? ¿Que siendo tan raras las almas bienhechoras, las goza tan poco la tierra? ¿Que? Los males nos rodean, nos sitian, y cuando se lebanta un Principe, cuyo unico objeto es dulcificarlos; quando el genero humano marchitado por el infortunio, se recobra, y empieza à gozar de la felicidad, el apoyo que le sostiene se escapa, y con un hombre perecen todas las delicias de un Siglo? Marco Aurelio aun permanecio dos años entre nosotros; quando los Enemigos eternos de este Ymperio le precisaron por tercera vez transferirse al Centro de la Germania. Entonces,

à pesar de una Salud languida, volvio à las riberas del Dannubio; y en medio de estos trabajos, es quando le hemos perdido. Sus ultimos instantes (yo he sido testigo de ello, puedo daros una exacta cuenta) han sido los de un grande hombre, y de un Sabio. La enfermedad de que fue inoadido, no le atribuló en nada. Acostumbrado desde cinquenta años à meditar sobre la naturaleza, havia aprendido à conocer sus Leyes, y à someterse à ellas. Acuerdome, que me dijo un dia:
„Apolonio, todo muda à mi rededor; el Universo de
„oy ya no es el de ayer; y el de mañana, ya no será
„el mismo. ¿En medio de todos estos movimientos, po
„dré yo solo ser inmovil? Es indispensable que me
„me arrastre el torrente. Todo me advierte que algun
„dia dejaré de existir. El Suelo en que ando ha sido
„pisado por millares de hombres, que ha desaparecido.
„Los anales de los Ymperios, las ruinas de las Ciuda
„des, las urnas, las Estatuas, ¿que es esto mas que ima
„gen de lo que ya no existe? Ese sol que ves, no luce
„mas que sobre Sepulcros...„ De este modo ejercita
„ba y afirmaba con anticipacion su alma este Princi
pe Filosofo. Y quando el ultimo transito se acercó, nada se sobresaltó. Me hallaba admirado de sus discursos, Romanos; el hombre grande quando muere;

tiene un no se que de magestuoso, y augusto; parece que
al paso que se separa de la tierra, toma algo de aquella
naturaleza divina, é incognita à que va à juntarse.
~~No tocaba sus moribundas manos,~~ sino con respeto,
[redacted]
parecia un Santuario. En esto el exercito estaba
consternado, el Soldado gemia bajo sus tiendas; la
misma naturaleza parecia estar de luto; el cielo de
la Germania estaba mas obscuro; las tempestades
agitaban las eminencias de los montes que rodea-
ban el Campo; y estos objetos lugubres parecian
añadir algo à nuestra desolacion.

Quiso que le dejasemos solo por algunos
instantes; ya fuese para examinar su vida en
presencia del Eterno, ó para meditar la ultima
vez antes de su muerte: Despues hizo entrar
en su tienda à todos sus amigos, y à los princi-
pales Capitanes de su Egercito: Estaba palido, tenia
los ojos casi vidriados, elados los labios, y no obs-
tante aun obserbamos en su rostro cierta amo-
rosa inquietud. ¡O Principe! por ti parece que se rea-
nimo otra vez, te cogio con sus casi ya yertas
manos, y te presentó à todos aquellos ancianos,
encargandoles no abandonasen tu mocedad. Sed
su Padre les dijo::: Sed su padre. Diole entonces

aquellos sabios consejos que era de esperar daria Marco Aurelio en la hora de su muerte; y á poco rato Roma y el universo perdieron á tan grande hombre

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
-GRANADA-

Copiado en 9.e de 1832

M.P.